

## HISTORIAS DE UN ENCUENTRO

---

Mi encuentro con el Patriarca Abraham

# CAPÍTULO VI LAS ARENAS DEL TIEMPO

Autor Roberth Phoenix

Dedicado a Pbro. Rubén Vega Gudiño

Aún me encontraba emocionado por el encuentro con aquel joven, cuando escuché a Liam discutir con Caleb, el más experimentado y el más viejo.

- Así que crees, que la grandeza y la santidad comienzan desde la juventud ¿eh? Pues ya veremos si cambias de opinión – dijo el almirante - ¿quién es el próximo entrevistado Roberth?
- Abraham, el primer patriarca – contesté, después de echar un vistazo a la lista.
- Muy bien, fija coordenadas temporales Lazarus – ordeno el capitán de la nave.
- Sí Señor – contestó el primer oficial.
- Roberth, Liam, estén listos para ser transportados, y esta vez iré con ustedes – asentó el hombre al mando.

En un parpadeo los tres nos encontrábamos en medio de un desierto por demás caluroso, pero habitado por hombres y animales, lleno de una especie de casas de campaña y de otras construcciones pequeñas.

- ¿Dónde estamos? – preguntó mi habitual acompañante.
- Hemos viajado hasta las regiones desérticas al este de Canaán, para hablar con uno de los hombres más importantes de la historia, reconocido por su fe inquebrantable, Abraham, el primer patriarca – respondió Caleb.

Miré aquel lugar y vislumbre a un hombre que a primera vista, daba la impresión de tener más de cien años, mis compañeros y yo nos acercamos lentamente al patriarca y cuando estuvimos frente a aquel hombre, éste levanto la mirada y nos miró. Pensando en mi experiencia anterior con el apóstol Juan, cambié mi saludo.

- Saludos, bendito del Señor.
- Buen señor, en que le puedo servir - contestó el anciano.
- Quisiera conversar un poco con el siervo más fiel del Señor.
- Me honra al llamarme de tal manera. Pero lo cierto es que no siempre ha sido fácil. Verá, nací en un pueblo llamado Ur de Caldea, tuve dos hermanos Nahor y Harán, padre de Lot. Viví una buena vida, tranquila, sin complicaciones. Me case con la mujer más hermosa que existía a mis ojos, Sarai, y a pesar de que no podíamos tener hijos a causa de su esterilidad, éramos muy felices. Un día mi padre nos llevo a mí, a mi esposa y a mi sobrino Lot, a la tierra de Harán, y allí permanecimos hasta su muerte.
- ¿Por que no permaneció en aquel sitio? – le cuestioné.
- Un día una voz me llamó, era el Señor. Él me dijo que dejara aquella tierra para ir a la tierra que él habría de mostrarme, me habló de una gran nación que formaría con mis descendientes y las bendiciones que nos daría. Tenía ya setenta y cinco años, así que tome conmigo a mi mujer, a mi sobrino Lot y a los sirvientes que habíamos adquirido, y dejamos ese lugar para ir a Canaán.
- Pero tampoco se quedaron en ese lugar – indiqué, recordando el relato de las escrituras - ¿qué paso?
- Por aquel entonces hubo una gran escasez de alimentos, por lo que tuvimos que ir a Egipto, allí el Faraón me trató muy bien a causa de Sarai, pues quedó impresionado con su belleza. Él me regalo asnos, ovejas, camellos, vacas, esclavos y esclavas. Pero el Señor lo

castigo por desear a mi mujer y salimos de aquella tierra. Para entonces mi sobrino Lot y yo teníamos muchos animales y la región no bastaba para alimentarlos. Así que Lot se fue a vivir cerca de la ciudad de Sodoma y yo permanecí en Canaán. Lo quise mucho, como a un hijo.

Sus palabras sonaban como un río de sinceridad a pesar de la voz envejecida.

- Mencionaste que el Señor te prometió una gran descendencia, sin embargo no habías tenido hijos – dije al noble anciano.
- Yo me pregunte lo mismo que acabas de decir, después de que el rey Melquisedec me bendijo. Pues Dios me dijo que mi recompensa sería muy grande, pero yo no quería recompensas sino hijos. Entonces el Señor me prometió un heredero, que sería carne de mi carne, sangre de mi sangre. Pero Sarai no podía concebir, así que tuve un hijo con Agar mi esclava, sin embargo, ese no era el hijo que Dios me había prometido, pero yo no lo supe hasta la visita de aquellos hombres que Dios mandó para destruir Sodoma y Gomorra. Uno de ellos, le dijo a Sarai que quedaría embarazada y así ocurrió, desde entonces la llamó Sara.

Recordé entonces que la primavera vez que vi a Caleb, Lazarus y a Liam junto con Guillermo en aquel paradero junto a la carretera a Tonancintla, yo mismo tuve el recuerdo de aquel pasaje que el patriarca mismo, nos acaba de narrar.

- Entonces usted tuvo dos hijos. Por favor, hábleme de ellos. – Le pedí.
- Cuando yo tenía 100 años de edad, nació el hijo que Sara me dio y le puse por nombre Isaac. Su nacimiento provocó que Sara echara a mi esclava Agar y nuestro hijo Ismael de mi casa. Pero el Señor prometió velar por él. Ismael creció en el desierto de Parán y se casó con una mujer egipcia. El señor prometió que de su descendencia nacería también una gran nación. Mi otro hijo Isaac, aún vive conmigo, después de la muerte de su madre. Ha tomado por esposa a una buena muchacha de la nombre Rebeca y ella lo ha amado y consolado. Son muy felices y se aman mucho.
- Platíqueme ¿cuál considera la prueba más difícil que Dios le ha pedido? – Pregunté.

Aquel hombre pareció sumergirse en sus recuerdos y melancólicamente contestó.

- Creo que sería aquella ocasión en que vivimos en el país de los filisteos. Dios me llamó y me pidió que le ofreciera a Isaac en un holocausto en el monte Moria. Lo tome conmigo, y a dos de mis siervos, y fuimos a aquel lugar. Cuando llegamos a la cima, Isaac, siendo solo un niño me pregunto “¿dónde esta el cordero para el holocausto?” – los ojos del anciano se nublaron al recordar aquel momento - Mi corazón se rompió, pero mi fe en el Señor me hizo confiar y le respondí: “Dios proveerá hijito”. Así pues, construí el altar, até a mi hijo en él y cuando tomé el cuchillo para sacrificarlo, el Señor me detuvo y me bendijo por no negarle a mi hijo único. Por eso el Señor ha prometido bendecir a todas las naciones por medio de mi descendencia.
- Le agradezco infinitamente por su tiempo, bendito del Señor – dije al patriarca, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.
- Que el Señor mi Dios, los bendiga, buen hombre.
- Muchas gracias.

Mis acompañantes y yo partimos de aquel lugar dejando atrás al viejo Abraham, mientras Caleb nos comentó.

- Abraham murió en Machpelah a los 175 años, es la figura más sobresaliente en los comienzos de la historia israelita, y es reconocido como el padre de la fe, por su incondicional disposición a Dios.
- Ahora entiendo Caleb – dijo Liam.
- Me alegro muchacho, me alegro – dijo Caleb al tiempo que éramos transportados a la nave por Lazarus.

Comentarios:

[roberth\\_phoenix@hotmail.com](mailto:roberth_phoenix@hotmail.com)